

## CAPITULO XXXI.

*Determina el rey de Azcapuzalco invadir las tierras del imperio por Iztapalocan, cuyo gobernador se defiende vigorosamente, y muere á manos de un traidor. Marcha el emperador al socorro, y dejando bien fortificadas sus fronteras, se restituye á Huexotla, donde se hace jurar, y á su hijo, de los pocos señores que le seguian. Intentan segunda accion los tecpanecas por Huexotla, y son derrotados por los imperiales.*

Aunque el rey de Azcapuzalco y sus aliados por una parte, y por otra Ixtlixochitl y los suyos levantaban tropas en sus respectivos estados, y hacian con diligencia todos los preparativos de guerra, ni esta estaba declarada, ni cortada la comunicacion y comercio entre los vasallos de unas y otras potencias, ni se cometian robos, insultos, ú otro género de hostilidades en las fronteras, guardándose en todas las cortes un gran silencio y disimulo, hasta que hallándose ya el de Azcapuzalco con un crecido número de tropa, y con las prevenciones necesarias para su subsistencia, resolvió romper la guerra con una accion, en que cogiendo de sorpresa al emperador, le asegurase el vencimiento.

Para esto hizo marchar secretamente, y á la deshilada, sus tropas de los lugares en que estaban repartidas, con orden de juntarse en el lugar de Aztahuacan, perteneciente al reino de Culhuacan, situado en las fronteras de los estados del señor de Iztapalocan, aliado del emperador, con ánimo de asaltar á un tiempo todas

las poblaciones de este estado, cogiéndolas desprevenidas, y abrirse paso por ellas hasta la misma corte de Tezcoco, que creyendo estuviese falta de guarnicion para su defensa, pensaba no solo apoderarse de ella, sino de la persona del emperador.

Así lo ejecutó, y estando ya todo en punto, una madrugada asaltó el ejército de Azcapuzalco á un tiempo todas las poblaciones de la frontera y estado de Iztapalocan, y derramándose como furiosa avenida sobre ellas, cuando mas descuidados estaban sus habitantes, hicieron considerable estrago en el primer avance. Mas tomando luego las armas los de Iztapalocan, animados y gobernados por Quauhxitzin, á quien el señor de Iztapalocan, que se hallaba ausente en la corte de Tezcoco, habia dejado por gobernador en su ausencia, pelearon tan vigorosamente, que rechazaron á los enemigos haciéndolos salir de sus poblaciones, y retirarse á su campo; mas no pudieron embarazar que se llevasen muchos prisioneros de los que hicieron en el primer ataque, cogiéndolos desarmados y desprevenidos, ni que saqueasen y robasen algunas poblaciones; y aunque los de Iztapalocan, irritados deseosos de vengarse, intentaban seguir al enemigo hasta su campo, y atacarle en él, no lo consintió el prudente gobernador Quauhxitzin, contentándose con haberlos rechazado, procurando fortificarse y guardar sus fronteras hasta dar cuenta á su señor.

Pero mientras el gobernador discurría por todas partes, dando las órdenes convenientes para fortificar sus poblaciones, y ponerlas en estado de defensa, un caballero de Cohuatepec, vasallo del imperio, cuyo nombre no dicen, que secretamente defendía el partido



de Azcapuzalco, y habia sido el que traidoramente habia advertido al enemigo el parage por donde habia de acometer, el camino que habia de seguir el ejército, y el dia y hora en que habian de dar el avance para lograr la faccion, viéndola malograda por la valiente y acertada conducta del gobernador, se resolvió á vengar en él su enojo, y acercándosele con semblante de amigo, de quien el gobernador no recelaba, teniéndole por parcial, acechó la ocasion de cogerle de espaldas, y acometiéndole á traicion, le quitó alevosamente la vida. La gente que estaba en las maniobras dió luego sobre él, mas no pudo haberle á las manos, porque huyó con ligereza, y se pasó á los enemigos.

Este suceso lo señalan los autores indios en sus mapas históricos en el año de una caña, y en un dia señalado con el geroglífico de un pedernal en el número trece; pero los intérpretes de ellos varian en el mes, y mucho mas en la confrontacion con nuestros cómputos. El mismo D. Fernando de Alba está discorde en sus relaciones, porque en una dice que fué en el año de 1359, á quince de abril, pero yerra en el carácter del año, porque este fué señalado con el de diez cañas. En otra dice que fué en el de 1363, á treinta de diciembre; y en otra en el de 1415, á quince de abril. Pero aun en la suposicion que él lleva, de que el primer mes del año era Tlaxipehualiztli, y comenzaba á contar sus dias en el veinte de marzo, en ninguno de estos años fué señalado el quince de abril con el símbolo del pedernal en el número trece. En la opinion que yo sigo de ser Atemoztli el primer mes del año indiano, y que este comenzaba el dia dos de febrero, hallo que este año señalado con el símbolo de la caña en el número

primero, fué efectivamente el de 1415; pero en todo él, solo el sexto dia del mes décimo llamado Tecuilhuitzintli, fué señalado con el pedernal en el número trece; y en la suposicion que igualmente llevo de que el año indiano comenzaba á contar sus dias en el dos de febrero, el sexto dia del décimo mes de ellos debió corresponder al dia seis de agosto del dicho nuestro de 1415, y en él debe fijarse este suceso.

Aquella misma mañana llegó á la corte de Tezcoco la noticia, así de la irrupcion de los enemigos y vigorosa defensa que habia hecho el gobernador de Iztapalocan, como de su desgraciado fin; pero que las gentes de aquellas poblaciones habian observado su orden, manteniéndose en ellas, sin intentar acometer al enemigo en su campo de Aztahuacan; porque segun se habia podido reconocer en aquella madrugada, y por las noticias que daban los prisioneros, era numeroso el ejército que allí se habia juntado, y que sin duda volveria sobre las mismas poblaciones, cuyo vecindario no era capaz de sostener el ataque, y así pedian socorro con que poder defenderse.

Con esta noticia mandó el emperador juntar prontamente toda la gente que se pudiese, y en ménos de una hora tuvo junto un ejército de mas de cuatro mil combatientes; y sin esperar á mas marchó con ellos personalmente, con ánimo de avanzarse hasta el campo contrario, y vengar allí su agravio. Los enemigos, escarmentados de la valiente resistencia de los iztapalocanos, no se atrevieron á volver á embestir á las poblaciones de la frontera, y se mantuvieron fortificados en su campo. Mas sabiendo por sus espías que marchaba en persona el emperador al socorro de ellas con



aquel grueso de tropas, no se atrevieron á esperarle; y dejando bien fortificadas y proveidas de gente las poblaciones de Mizcuic, Cuitlahuac, Culhuacan y Aztahuacan, se retiraron hácia la corte de Azcapuzalco á dar cuenta á su rey de lo acaecido: de suerte que llegando Ixtlixochitl con su tropa, no halló ya ejército con quien combatir, ni tuvo por conveniente empeñarse en atacar las poblaciones fortificadas; y así talando y saqueando algunas otras pequeñas de las fronteras del reino de Culhuacan, se retiró con su tropa, que repartió en sus fronteras, dejándolas bien fortificadas, y marchó derechamente á la ciudad de Huexotla.

Los enemigos llegaron á la corte de Azcapuzalco, y dieron cuenta del suceso á Tetzotzomoc, disculpándose de su retirada con el gran número de los Aculhuas que tomaron las armas para defenderse, y que cargándoles con furioso ímpetu los hubieran enteramente destruido, á no haber ejecutado prontamente la retirada, y hubieran perdido con las vidas el gran número de prisioneros que habian hecho en el primer ataque, y traian á su presencia, y el despojo que habian tomado: que fortificados en Aztahuacan, pensaban volver sobre los Aculhuas en ocasion oportuna; pero sobreviniendo Ixtlixochitl con el grueso de tropas que mandaba, no les pareció conveniente esperarle, exponiéndose á una entera derrota, y así se habian retirado dejando bien guardadas las poblaciones de la frontera.

Mucho sintió Tetzotzomoc no haber logrado el golpe como lo habia meditado; pues si esta primer ocasion hubiera surtido el efecto que deseaba, facilmente se hubiera apoderado de los estados de Tezcoco, y hubiera dejado á Ixtlixochitl y los suyos en postura de serles

muy difícil contrarrestar su poder. Mas á vista del suceso, mandó levantar mas número de tropas, ordenando lo mismo á los de Méjico y Tlatelolco, y á los demas señores sus aliados, para que se preparasen á la cruel guerra que esperaba. A mas de los lugares que habian fortificado en las fronteras, mandó fortificar y guarnecer de buen número de tropa á Hecatepec y Xaltocan, que eran tambien considerables poblaciones, y que en todas partes estuviesen con suma vigilancia, observando los movimientos de los enemigos.

Luego que Ixtlixochitl llegó á Huexotla resolvió hacerse jurar y coronar, y hacer reconocer á su hijo el príncipe Nezahualcoyotl por su legítimo sucesor en el trono. No se hallaban á la sazón allí otros señores que Tlacotzin, señor del mismo Huexotla, y Paintzin, rey de Cohuatlican, que le habian acompañado á la facción de Iztapalocan: porque los demas sus aliados tenian harto que hacer en sus territorios, levantando gente y fortificando sus poblaciones, para defenderse de los tepanecas. Así, para que supliesen á las ceremonias de la coronacion, mandó que asistiesen Tazatzin, gran sacerdote del templo de Huexotla, y Talhuacanamatzin, gran sacerdote del de Cohuatlican; lo que se ejecutó, y celebró una funcion en el mismo año de 1415 con la solemnidad que permitian las circunstancias del tiempo, segun el rito y ceremonial tolteca, habiendo sido este el primer emperador que se coronó á la usanza tolteca, y despues le imitaron todos sus sucesores, usando del mismo ceremonial, que era el que observaban los mejicanos.

Luego despachó el emperador sus mensajeros á los demas señores sus amigos y aliados, haciéndoles saber



su determinacion, y el modo en que se habia celebrado su jura y coronacion, sin haberlos convocado por considerarlos ocupados en los presentes negocios de la guerra, pero que esperaba lo tuviesen á bien, y que cada uno de por sí cuando sus ocupaciones le diesen lugar, pasase á la corte de Tezcoco á ratificar el homenaje. Así lo ejecutaron; y habiéndose restituido el emperador á su corte, fueron viniendo todos á ella, segun pudieron desembarazarse de sus ocupaciones.

Todo era armamentos y prevenciones de guerra por todas partes. El rey de Azcapuzalco, que por su avanzada edad no podia salir á campaña, encargó el mando de sus tropas á su general Tlacateotzin, rey ya de Tlatelolco, y bajo de sus órdenes á su hijo Maxtla, príncipe heredero de Azcapuzalco y rey de Coyohuacan, y al rey de Méjico Chimalpopoca, encargándoles con la mayor eficacia que recorriesen incesantemente las fronteras, teniéndolas bien fortificadas, y guardando todas las entradas del reino, y al mismo tiempo levantasen toda la mas tropa que pudiesen, procurando disciplinarla, y ejercitarla.

Ixtlixochitl por su parte trabajaba igualmente en levantar y disciplinar sus tropas, que dividió en tres ejércitos. El uno lo repartió entre Aculhuacan, Chihuahtlan, y las demas poblaciones de las fronteras de su reino, situada á la banda del Norte, y dió el mando de él á Tochintzin, nieto del rey Paintzin de Cohuatlican, jóven valiente, que en los reencuentros pasados se habia señalado mucho, y dado muestras de su bizarro aliento y acertada conducta. El otro lo repartió en Iztapalocan, Chalco, y las demas poblaciones de la frontera de la banda del Sur, al comando de Ixcontzin, se-

ñor de Iztapalocan, para que uno y otro cuidasen de la guarnicion y fortificacion de las respectivas poblaciones que ocupaban las tropas de su comando, y el emperador se quedó en un campo volante de igual número de tropa, que hizo acampar en los contornos de su corte, para acudir con él á donde lo pidiese la necesidad.

Tenia dada la orden de que nadie saliese de las fortificaciones, ni se internasen en el territorio del enemigo, sino que observando sus movimientos, estuviesen siempre prontos y apercebidos para la defensa. Esta inaccion de los imperiales, la atribuyeron á temor de los tecpanecas, y determinaron valerse de la ocasion, y hacer una entrada por agua en el territorio de Huexotla, que creyeron era el ménos fortificado, por entre el rio de Tezcoco y el de Cohuatepec, apoderándose facilmente por este lado de la misma corte de Tezcoco; y embarcándose de noche en un considerable número de canoas que previnieron para esta faccion, dieron el avance una madrugada con furioso ímpetu á los lugaritos de la ribera: mas no cogieron desprevenidos á los imperiales, que ya por sus espías estaban advertidos de la marcha de los enemigos, y no solo estaban apercebidos para la defensa, sino que habian dado aviso á las demas poblaciones del contorno, para que estuviesen prontas al socorro, y habian despachado con toda diligencia un correo á la corte con la noticia del movimiento de los enemigos; y así fueron recibidos los tecpanecas con vigorosa resistencia, perdiendo mucha gente, y siéndoles preciso retirarse precipitadamente á sus canoas: mas viendo que los imperiales no salian de sus fortificaciones, determinaron mantenerse en la laguna á vista de tierra, para repetir el asalto.



No le pareció preciso al emperador moverse por entónces de su corte, fiado en la conducta y valor del general Tochintzin, á cuyo cargo estaban aquellas fronteras; y así solamente envió alguna tropa de socorro para mayor refuerzo, repitiendo la orden de que no se moviesen de las fortificaciones, sino que esperasen en ellas el avance de los enemigos.

Reforzados estos con alguna mas tropa que les llegó de socorro pocos dias despues, dieron segundo asalto con mas infeliz suceso que el primero, por que fué mayor la mortandad que en ellos hicieron los imperiales, con muy poca pérdida de los suyos. Volviéronse á retirar á sus canoas los tecpanecas, y á quedarse quietos en sus fortificaciones los imperiales, y pareciéndoles á aquellos que con menudear los asaltos habian de lograr el triunfo, los repitieron en los dias subsecuentes, siempre con infeliz suceso, hasta que el último de ellos, conociendo el diestro general Tochintzin lo debilitados que estaban, dió orden á su tropa de que al tiempo de avanzar los enemigos hiciese una fingida retirada hácia las playas de Chiuhnautlan. Así lo ejecutaron; y creyendo los enemigos que la fuga era verdadera, los siguieron con empeño; mas cuando el general los tuvo retirados del asilo de sus canoas, mandó á su tropa volver sobre ellos, cargándolos con la que tenían de refuerzo en Chiuhnautlan, é hizo en ellos tal carnicería, que corrieron arroyos de sangre, y dejó cubiertas las playas de cadáveres, consiguiendo una de las mas completas victorias de que conservaron memoria en sus historias, habiénd sido muy pocos los que tuvieron la fortuna de salvar las vidas; y embarcándose en sus canoas se retiraron de una vez á sus playas de Azcapuzalco á

dar noticia á su rey del infeliz suceso, lo que le causó mucha pena, y dió orden de que en adelante no se hiciese entrada ninguna en las tierras enemigas, sino que se mantuviesen todos en sus fortificaciones, interin que levantando mas número de tropas, podia ponerse en estado de acometer al enemigo.

### CAPITULO XXXII.

*Envia el emperador una embajada al rey de Azcapuzalco, convidándole con la paz. Mas él, soberbio é irritado, la desprecia, y desafia al emperador para los campos de Chiuhnautlan. Bizarra accion con que el emperador acepta el desafio; enviste el de Azcapuzalco traidoramente por Huexotla, pierue la batalla, y queda derrotado.*

A correspondencia del pesar de Tetzotzomoc, fué el júbilo de Ixtlixochitl por el feliz suceso de sus armas; y pareciéndole que esta era buena ocasion para obligar al de Azcapuzalco y sus aliados los reyes de Méjico y Tlatelolco á desistir de sus proyectos de inquietud, y reconocerle por legítimo y supremo emperador, cortando la guerra para que no prendiese mas el fuego, determinó enviarles una embajada, y para ella nombró á Chihuachnahuacatzin, hijo del gran sacerdote de Huexotla, y nieto de Tlacateotzin rey de Tlatelolco, de quien era hija su madre. Era este un gallardo jóven, de ardiente espíritu, pero gobernado de un gran talento y prudencia, y adornado de todas las demas prendas personales é instruccion científica, que le hacian recomendable y muy á propósito para el empleo.



Mandóle pues el emperador que pasase derechamente á Tlatelolco, cuyo rey, á mas de ser uno de los principales aliados de Tetzotzomoc, era el general de sus armas, y le dijese de su parte que ya habian visto y reconocido por propia experiencia y bien á su costa él y sus parciales cuánto era el poder de sus armas, y el valor de sus vasallos, cuyo número, aumentándose cada dia, le ponía en estado de entrar conquistando á fuego y sangre, no solo por sus dominios y los del rey Chimalpopoca de Méjico, sino tambien por los del rey de Azcapuzalco, principal motor de estos disturbios, con bien fundada esperanza de salir victorioso. Pero que habiendo esto de ser á costa de muchas vidas, y á precio de mucha sangre, su natural clemencia le estimulaba á buscar primero los medios suaves y pacíficos que los crueles y rigurosos; y así habia resuelto convidarles con la paz, á tiempo que le miraban tan superior en armas y poder, y con el brazo levantado para castigarlos, para que á vista de su benignidad depusiesen las armas, y abandonando las ideas de inquietud y rebelion se redujesen á su deber, reconociéndole por supremo monarca y señor de la tierra: que si se resolvian á ejecutarlo así, pasasen luego á su corte á hacer el juramento y homenaje como la habian practicado los demás señores: que estaba pronto á perdonarles la rebelion pasada, y olvidándose enteramente de ella, los recibiria benévolutamente á su amistad, confirmándoles en sus señoríos. Mas si rebeldes se obstinaban en sus traidores intentos, les hacia saber que sin mas demora entraria por sus estados talando y destruyendo á fuego y sangre cuanto encontrase: y que aunque despues arrepentidos implorasen su piedad, hallarian cerradas las

puertas de su clemencia, y no desistiria del castigo hasta dejarlos enteramente destruidos.

Partió Chihuachnahuacatzin á Tlatelolco, y dió la embajada á su abuelo, segun la órden del emperador, con toda aquella energía, prudencia y cordura que le dictaba su valor y talento; y oida por Tlacateotzin, no se atrevió á responder á ella, sin dar primero aviso á Tetzotzomoc: y así mandó á su nieto que se mantuviese en Tlatelolco, y aguardase allí la respuesta, ínterin que él pasaba personalmente á dar cuenta á Tetzotzomoc.

Marchó inmediatamente á Azcapuzalco, y hallando allí á la sazón al rey de Méjico en compañía de Tetzotzomoc, á entrambos á un tiempo dió noticia de la embajada de Ixtlixochitl. Indignóse mucho el de Azcapuzalco, y prorrumpiendo en amenazas contra el emperador, dijo á Tlacateotzin: „ Vuelve luego á Tlatelolco, „ y responde á ese mensajero de Ixtlixochitl que diga „ de nuestra parte á su señor, que no ignoramos que „ algunos pocos señores cobardes y traidores como él, „ mas de miedo que de amor, le han jurado y reconocido „ por emperador, negándome este supremo honor á mí „ que soy á quien justamente pertenece, y en quien debe „ recaer la sucesion del imperio, por ser mas inmediato en parentezco al gran Xolotl, primer poblador „ de estas regiones; y que así no tiene fuerza ni valor alguno su homenaje; que á él y á ellos reduciré á su deber bien presto con el poder de mis armas, sin que „ que sea necesario que venga á buscarme á mis tierras, „ porque para el dia de un pedernal (que correspondia „ al quince de septiembre del año de 1415) estará mi „ ejército en los campos de Chihuhnautlan; que lo espe-



„ ro en ellos y allí le haré conocer con las armas mi  
 „ justicia, y castigaré su desvergüenza.” Volvió  
 Tlacateotzin á Tlatelolco, y dió al embajador esta res-  
 puesta; mas este, que iba prevenido para todo, hizo  
 traer inmediatamente á presencia del rey de Tlatelolco  
 una armadura muy lucida y galana, á su usanza, y  
 vistiéndosela en presencia del rey, se adornó la cabeza  
 con el plumage y especie de corona de que usaban en  
 campaña los emperadores, y tomando en una mano el  
 arco y flecha, y en otra una macana, le dijo: „ Veis  
 „ aquí las armas del emperador, que por si acaso no ad-  
 „ mitiais rebeldes la paz con que os convida su benigni-  
 „ dad, me las ha entregado, nombrándome por general  
 „ de sus ejércitos, para que adornado con sus reales ar-  
 „ mas mande sus tropas en su real nombre; y para  
 „ que sepas cuales son y puedas buscarme en campaña,  
 „ me las he puesto en tu presencia, y armado de ellas  
 „ te declaro en su nombre la guerra á tí y á tus aliados  
 „ como general de las tropas unidas; y para que podais  
 „ defenderos de su enojo, os envia mi soberano esta  
 „ porcion de arcos, flechas y macanas, para que no  
 „ por falta de armas digais en tiempo alguno que os ven-  
 „ ció con ventaja.” Y haciendo entrar al mismo tiem-  
 po á los que llevaban las dichas armas, que eran cinco  
 hombres cargados de ellas, las hizo arrojar en tierra  
 á presencia del rey, que sorprendido de la novedad de  
 la accion, y de la bizarría con que la ejecutó el jóven  
 Cihuachnahucatzin su nieto, luchando entre contrarios  
 afectos, se quedó inmóvil, sin acertar á proferir pala-  
 bra alguna, y el embajador se retiró con su comitiva á  
 dar cuenta al emperador de su embajada.

Llegó á Huexotla, donde á la sazón se hallaba el

emperador y habiéndole dado cuenta de su comision lo  
 aprobó todo, y le mandó que sin demora procediese á  
 ordenar todo lo conveniente al mejor reglamento de la  
 tropa y provisiones necesarias, y marchase toda la gen-  
 te á los campos de Chiuhnauhatlan á esperar al enemigo.  
 No era la intencion del astuto Tetzotzomoc, embestir  
 por aquel lado, sino engañar á Ixtlixochitl, para que  
 abocase allí toda su tropa, y poderlo coger despreveni-  
 do por otro parage. Para esto convocó á su corte á los  
 señores sus aliados, y habiendo consultado con ellos so-  
 bre el asunto, quedó resuelto que no se acometiese por  
 tierra, sino por agua, respecto á que el mayor vigor  
 del ejército consistia en la gente mejicana y tlatelolca,  
 mas diestra por agua que por tierra, y con la facilidad  
 que le ofrecian para el transporte la multitud de sus ca-  
 noas, quedó determinado que en ellas se embarcase  
 todo el ejército, y fuesen á dar de improviso sobre  
 el territorio de Huexotla, pero que esto se ejecutase con  
 gran sigilo, para que no llegase á noticia de Ixtlixochitl,  
 que esperaba con toda su tropa por Chiuhnauhatlan.  
 Mas un secreto entre tantos era muy difícil que se  
 guardase, mayormente teniendo Ixtlixochitl muchas  
 espías repartidas en el reino de Azcapuzalco, para que  
 le diesen pronta noticia de todos los movimientos de  
 sus enemigos; y así pocas horas despues de determi-  
 nado el negocio, tuvo Ixtlixochitl el aviso con toda la  
 individualidad que podia desear, y avisando prontamen-  
 te de ello á solo su general Cihuachnahucatzin, le  
 mandó que con sigilo, destreza y prudencia hiciese mar-  
 char prontamente un buen número de tropas al pais de  
 Huexotla, repartiéndolas en todas las poblaciones in-  
 mediatas á las playas de la laguna, con las órdenes



convenientes para estar prontas y apercebidas á la primer seña de acometer.

Mas procediendo con cordura y retentiva, no quiso dejar desamparados los campos de Chiuhnauhtlan, por si acaso mudando de intento los enemigos volviesen al primero, y así mandó que quedase en ellos un competente ejército al mando del infante Cihuaquequenotzin, su hijo natural, habido en una de sus concubinas, quien aun jóven se habia señalado mucho por su valor y conducta en los reencuentros pasados, y para que pudiesen facilmente ayudarse y socorrerse uno á otro ejército, mandó guarnecer toda la costa de la laguna, que corre desde las playas de Chiuhnauhtlan hasta las de Huexotla, con nuevas tropas que prontamente hizo levantar, para no disminuir las de los ejércitos, los cuales con esta providencia venian á quedar unidos, y toda la tropa muy proveida así de armas como de bastimentos, que mando aprontar por todas partes con singular esmero.

Llegado el dia señalado por el rey Teitzótomoc, amaneció sobre las playas del territorio de Huexotla el formidable ejército de los tecpanecas, mandado por el rey de Tlatelolco, que sobre innumerables canoas se habian transportado durante la noche desde las playas de Azcapuzalco, siendo estas tantas, que cubriendo la laguna formaban un puente continuado de unas playas á otras, ocupado enteramente de gente armada, en tanto número, que segun se explican sus historiadores, parecia un hormiguero. Creian que cogian desprevenidos á los imperiales; porque estos, aunque prontos y apercebidos para recibirlos, se mantuvieron ocultos en las poblaciones hasta dejarlos desembarcar. Luego que el general Cihuachnahuacatzin reconoció que es-

taba ya en tierra como la mitad del ejército, dió á sus tropas orden de acometer, y saliendo á un tiempo de todos los lugares en que estaban repartidas, dieron sobre los enemigos que no esperaban este recibimiento, con tal furia y ardimiento, que se trabó cruelmente la batalla, peleando unos y otros valerosamente todo el dia entero, hasta que al anoecer se vieron precisados los tecpanecas á retirarse á sus canoas, cediendo el campo á los imperiales, que hicieron en ellos tan horrible carnicería, que quedó cubierto el campo de cadáveres.

Al dia siguiente volvieron á acometer los tecpanecas, y volvieron á experimentar la misma adversa fortuna; porque cargados de los imperiales en ménos de dos horas que duró el combate, hicieron en ellos tal estrago que hubieron de retirarse á sus canoas. Mas no dándose por vencidos, continuaron sus avances por espacio de ochenta dias con igual infeliz suceso, perdiendo siempre mucha gente, y viéndose precisados á retirarse á sus canoas precipitadamente para salvar las vidas, siendo estas diarias retiradas en las que experimentaban la mayor pérdida. Disminuido considerablemente su ejército con los muertos y heridos, á los ochenta dias de guerra determinó su general Tlacateotzin retirarse de una vez á Azcapuzalco, quedando la gloria del vencimiento enteramente por los imperiales, cuya pérdida fué muy corta respecto de la de los tecpanecas.

Entretanto que triunfaron por este lado las tropas que mandaba Cihuachnahuacatzin, triunfaron también por el lado de Chiuhnauhtlan las del ejército que mandaba el infante, quien por orden de su padre se avanzó por las tierras del enemigo que confinaban por aquel la-



do, y estaban poco guarnecidas, sin pensar que por allí pudieran ser invadidas; y entrando por el territorio de Ecatepec, saqueó varias poblaciones, quemándolas y destruyéndolas; volviendo sus tropas cargadas de despojos.

En una y otra parte pelearon bizarramente los imperiales, y se señalaron muchos valientes capitanes y soldados así nobles como plebeyos; pero fué singularmente aplaudida la conducta y valor del general Cihuachnahuacatzin, así en las disposiciones y preparativos que precedieron á la guerra, como en las acertadas órdenes al tiempo de los ataques, y en la vigilancia y prontitud con que acudiendo á todas partes ejecutaba su brazo lo que su voz mandaba, siendo su ejemplo el mas poderoso estímulo á su tropa, y atribuyéndosele por eso con justa razon la mayor parte de este triunfo.

### CAPITULO XXXIII.

*Determina el emperador entrar con un poderoso ejército por las tierras de los enemigos; y despues de ganadas varias poblaciones importantes, y vencido en varios reencuentros, se pone sobre la corte de Azcapuzalco, la que al cabo de cuatro meses de sitio se rinde, y su rey pide paces, entregándose al arbitrio del vencedor, que le perdona generosamente, y le restituye á él y á sus aliados todas sus tierras. Disgusta tanta benignidad á los príncipes aliados del imperio, y muchos de ellos resuelven separarse del emperador.*

Era ya el año de dos pedernales, que corresponden al de 1416, y hallándose el emperador con un ejér-

cito pujante y victorioso, saboreado con los felices sucesos que habia logrado, le aconsejaban los príncipes sus aliados, y sus generales que no perdiese tan oportuna ocasion de dar fin á la guerra, entrando á fuego y sangre por las tierras de sus enemigos, hasta rendirlos y sujetarlos á la debida obediencia: mas el benignísimo príncipe que habia heredado de sus mayores la singular prenda de la clemencia, y el amor á sus súbditos, no pudo resolverse á seguir este dictámen, esperando que los rebeldes á vista de tan repetidos golpes desistiesen de su tenaz capricho, y se sujetasen al suave yugo de su imperio.

Los reyes de Méjico y Tlatelolco, si obraran por sí solos, lo hubieran ejecutado así; pero el de Azcapuzalco estaba muy léjos del escarmiento, y poseido de su ambicioso deseo, los golpes que recibia en vez de humillar su orgullo irritaban su soberbia: y así, aunque le causó notable pena la pérdida que acababa de experimentar, determinó seguir su proyecto, y para lograr mas feliz éxito resolvió hacer todos sus esfuerzos para ganar á su partido á Quezatlcoixtli, que acababa de heredar el señorío de Octopam por muerte de su padre Quauhquetzaltzin, y al señor de Chalco, haciéndoles partidos muy ventajosos, porque estando los estados del primero en los confines del reino de Tezcoco por la banda del Norte, y los de el segundo por la del Sur, y siendo señores poderosos que podian poner en campaña numerosos ejércitos, entrasen á un tiempo por ambas partes, mientras él lo ejecutaba por el Poniente, que era la parte de la laguna, con sus tropas, y las de los mejicanos y tlatelolcas.

Se dieron tan buena maña los emisarios que des-